

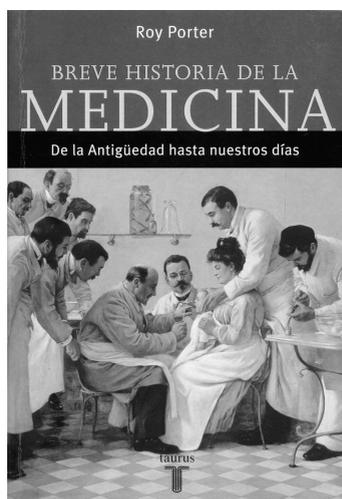
## RESEÑAS

ROY PORTER, *Breve historia de la medicina. De la antigüedad hasta nuestros días*, Madrid, Taurus, 2003, 302 pp.

Sin duda, nos encontramos ante uno de los autores más interesantes de la historiografía médica del siglo pasado. Otras revistas, como *Dynamis*, se han ocupado de recordar la figura de este historiador tan triste y recientemente desaparecido. Así, en las páginas que la revista granadina le dedica Teresa Huguet, en su escrito «En recuerdo de Roy Porter» (*Dynamis* 22, 2002, 523-528), nos señala el papel esencial que tuvo en los estudios que relacionan ciencia y cultura, historia social e intelectual, en especial en Londres y en el siglo XVIII, el siglo de la Ilustración. Sus trabajos fueron desde las ciencias duras a las del hombre, desde la enfermedad al paciente, desde el médico al intruso, desde unas clases sociales a otras. Enriqueció, en sus estudios en la Wellcome Foundation, las posibles fuentes de la historia de la medicina, literatura, diarios, cartas, caricaturas, prensa, etc., y facilitó con sus diccionarios y enciclopedias nuestro trabajo. Supo hacernos llegar el mundo anglosajón, que tan bien dominaba. Su papel junto con Germán Berrios al frente de la revista *History of Psychiatry* fue muy importante.

El libro que comento tiene en su versión inglesa un título sugerente, algo así como «sangre y tripas», mientras que en la española se llama «las personas, la enfermedad y la atención sanitaria». Desde luego el título inglés tiene mucha más garra, propio de un autor con gran tirón de público. Según se nos dice, el material procede de otra obra anterior, en que enfoca con más detalle la historia de la medicina, desde un punto de vista social. Aquí parece que vuelva a la tradicional historia de las ideas médicas, lo que plantea la pregunta de si se trata de una puesta al día con la historia cultural, o bien una aprovechamiento de restos y retales de otras obras.

El primer capítulo es una historia de la enfermedad, tomada en dos frentes, el biológico y el social, comprendiendo desde la prehistoria hasta el día de hoy, en que el SIDA sobre todo en África vuelve a diezmar la población. Viene luego, en el segundo, un amplio recorrido por los profesionales de la salud, entendidos en un amplio sentido, comprendiendo también saberes, públicos e instituciones que los caracterizan, así como charlatanes y medicinas alternativas. No olvida la entrada de la mujer en el campo de la salud. El estudio del cuerpo se hace desde la anatomía más tradicional, olvidando los aspectos antropológicos tan necesarios hoy y terminando con la formulación del



concepto de tejido por Bichat, deteniendo en tiempos de Napoleón la evolución de estos estudios. Al parecer desde entonces, cuando precisamente nace la anatomía moderna, el estudio del cuerpo se realiza en los laboratorios, lo que da lugar al nombre del siguiente capítulo. Desde las mesas de trabajo de éstos analiza la evolución de la fisiología y la patología de los dos siglos siguientes, completando así el recorrido por la historia de la medicina teórica.

En el capítulo dedicado a las terapias se enfrenta con la farmacológica, en especial contra las infecciones, tan eficaz en el siglo XX. Abre el capítulo quirúrgico con un dicho de Hipócrates, la guerra es la mejor escuela de la cirugía. Comienza en el mundo preclásico con las cataratas, rino-plastia y antes trepanación, en su recorrido da su merecida importancia al tratamiento de las heridas y a la cirugía de guerra, llegando a los grandes logros de la asepsia, la anestesia y la hemostasia. No olvida grandes temas, como la ginecología, la exploración, así con los rayos X, y desde luego el mundo apasionante de los trasplantes. En fin, el hospital es estudiado con su lenta medicalización y la aparición de los diversos cuerpos de sanitarios, como el de enfermeras. Por fin, en un epílogo a modo de testamento, reflexiona sobre las contradicciones de la medicina de hoy, su poder, sus peligros y sus insuficiencias, sus servicios al individuo y a la sociedad, los problemas de socialización de la medicina, con el distinto papel de sectores públicos y privados. Desde luego, no olvida la diferencia de la medicina norteamericana con la europea.

El libro permite una apertura al mundo anglosajón, si bien las historias de la medicina que han aparecido entre nosotros, como las de Pedro Lain Entralgo o José María López Piñero, son mucho más instructivas y adaptadas al público español. De hecho, la bibliografía que nos proporciona Roy Poter es casi por entero anglosajona, permitiendo así al lector español entrar en un mundo distante, pero también imposibilitando al lector medio la llegada a esas fuentes. Las ilustraciones, también de esta procedencia, son como siempre magníficas. Entre los autores de otras procedencias que aparecen, debemos señalar a Luis García Ballester y a Jon Arrizabalaga, dos excelentes medievalistas, el primero por desgracia ya desaparecido. Pero hay una amplia bibliografía no anglosajona, que queda al parecer olvidada.

José Luis Peset

DANIEL ROCHE, *Humeurs vagabondes. De la circulation des hommes et de l'utilité des voyages*, París, Fayard, 2003, 1.032 pp.

Pese a la amplísima obra de Roche, en España sólo se cuenta con su presencia en libros colectivos, como la clásica revisión historiográfica *Hacer la historia*, Barcelona, Laia, 1985 (or. París, 1974, dirigida por Le Goff y Nora), donde participó con R. Chartier —«El libro, un cambio de perspectiva»—, o mejor el excelente *Diccionario histórico de la Ilustración*, dirigido por él mismo y V. Ferrone (Madrid, Alianza, 1998; or. Bari, Laterza, 1997). Pero es bien conocido, por los historiadores de aquí, este profesor parisino, colaborador temprano en la École Pratique (sobre *Livres et société*, 1965 y 1970), y hoy miembro del Collège de France, donde ha dado anualmente cursos variados sobre la Ilustración.

De todos modos, Roche había destacado ya con su tesis sobre las academias en la provincia, de 1973, que publicó en un libro, muy reconocido, *Le siècle des Lumières en Province, académies et académies provinciaux, 1680-1783* (Mouton, 1978), donde con un vasto rastreo supo manifestar el limitado peso de la burguesía en esas instituciones, tan importantes sin embargo para la renovación

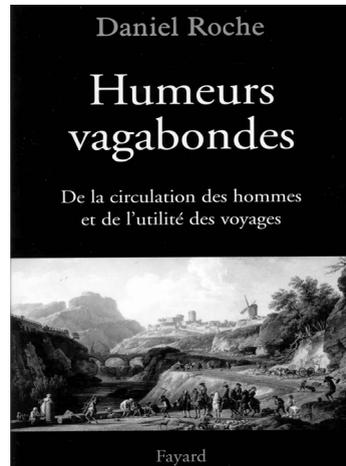
científica y cultural. Más adelante, amplió esta investigación en *Les républicains des lettres* (Fayard, 1988), al presentar diversas personas de la cultura y sus relaciones con la Ilustración; y ofreció poco después su visión global sobre el período en *La France des Lumières* (Fayard, 1993), obra que, como las anteriores, tiene su reflejo en estos *Humeurs vagabondes*.

Pero asimismo Roche había empezado a estudiar la cultura popular (*Le peuple de Paris*, Aubier, 1981), la naciente autobiografía (con Ménétrea) o la idea de paternidad (con Delumeau, 1990). Por añadidura, fue revisando —con manifiesta eficacia y novedad— aspectos dinamizadores del Setecientos, como son el vestido (*La culture des apparences*, Fayard, 1989), el nacimiento del consumo (*Histoire des choses banales, XVII<sup>e</sup>-XIX<sup>e</sup> siècles*, Fayard, 1997), o el tema del movimiento al describir la movilidad y la acogida en la ciudad de París (*La ville promise*, Fayard, 2000), así como, colectivamente, los coches de tiro o el caballo y la guerra en trabajos de 2000 y 2002 —que ahora se revelan decisivos—.

*Humeurs vagabondes. De la circulation des hommes et de l'utilité des voyages* es una obra gigantesca que quiere ser el resumen de su vida intelectual, pues está firmada en París: 1955 y 2000. Si retenemos, por ineludibles, los inicios de Roche —el libro como mercancía y como signo cultural, el libro como condensación del trabajo ilustrado—, cabe decir que los impresos y los viajes, cada uno por su lado, han venido a cerrar el periplo de este historiador. En realidad, las dos palabras precedentes *libro* y *viaje* son dos referencias fundamentales de la Ilustración (aunque ambas enlacen con logros del Renacimiento tardío). Desde el punto de vista material y desde el intelectual, la presencia clara del libro y la expansión territorial son definitorias de un mundo que de pronto se acelera en el tiempo, que se rompe y revoluciona; un mundo que va quebrando muchos conceptos seculares, en parte por los relatos de viajeros o —desde luego— por lo que ellos suponen.

Este nuevo periplo histórico de Roche está dividido en tres partes bastantes diferenciadas: sobre el conocimiento de los viajes (descripción, memoria, utilidad), la primera; luego, sobre sus limitaciones y las posibles libertades (modos de moverse, control e identidad, el don y la economía de la hospitalidad); finalmente, sobre el descubrimiento del individuo y del mundo, incluyendo la pedagogía a la nueva sociabilidad. Cabe resaltar que algunos de estos aspectos pueden contabilizarse y pormenorizarse mejor, según nos hace ver de entrada el autor, porque en el siglo de las Luces hubo unos tres mil quinientos textos viajeros (pero la mayoría no la ostentó ya la lengua francesa); y el aceleramiento de la historia se refleja incluso en que más de mil de ellos se publican en las dos décadas finales del siglo, cuando el proyecto de las Luces se mezcla con las dos grandes revoluciones setecentistas.

Por supuesto que esos aspectos *circulatorios* del mundo social tienen que ver con las artes, las letras y ciencias renovadas, con esas manufacturas y ese comercio en alza por parte de las zonas más expansivas. Pero este orden teórico-práctico no es el que sigue Roche: su inmensa enciclopedia sobre el nacimiento de la circulación logra —mediante meandros de noticias muy dispares y valoraciones múltiples— fundir en un ensayo muy bien trabado y originalmente concebido los circuitos ilustrados y sus posibilidades materiales e intelectuales en todos los terrenos (sin olvidar los científicos). Por lo demás, la bibliografía que emplea, verdaderamente plural al recorrer todas las ramas de los conocimientos y las vetas de la historiografía, es obra de la vida de Roche, como lo es su propia obra, que se ve incorporada y relanzada desde esta perspectiva viajera. El único apartado que resulta más esperable



corresponde a la páginas que dedica a las errancias —tan distintas— de Voltaire y Rousseau (parte III, capítulo XI); pero también aparece retratado el poco viajero Condorcet que, sin embargo, viajó mentalmente mucho por Norteamérica y por toda Europa, pues los encierros interiores forman parte de las descripciones tan sutiles que este libro nos ofrece.

Gracias a trabajos como el de Roche, entre otros, se hablará más del XVIII como el siglo del *movimiento*. En el artículo «Voyage» de la *Enciclopedia* de Diderot se destacaba la educación que procuran los desplazamientos; que la mejor escuela posible sería el viaje y la idea pedagógica para el futuro consistiría en desplazarse buscando a la vez ciencia e intensidad. El mundo, en efecto, de pronto se acelera en el tiempo, va quebrando muchos conceptos seculares, pierde el centro, se rompe y revoluciona (por su comercio transoceánico o interior, por su fisiocracia en acción, por sus medios de comunicación). Los *filósofos* viajan, en libertad total, y las ideas corren raudas; todo es comparable, y se percibe la diferencia cultural en marcha. Ello supone un modo de dominar el espacio y el tiempo, de adueñarse de ellos, de dejarse invadir controladamente por lo que sucede, como dice Roche; también es un modo intermitente de dar noticias (de enlazarse con el mundo dejado atrás), y, por tanto, de poner en juego unos mecanismos basados en la ruptura y en la distancia al servicio de cierta pedagogía social, sobre todo a medida que el siglo avanza.

En fin, toda esa secuencia de ideas expresan un hecho fundamental: que la perspectiva moderna que se perfila en las Luces supone la centralidad del hombre, en su autonomía y capacidad de decisión. Pero esa centralidad se halla lejos hoy de la justicia que persiguieron las más generosas personas que se *movieron*, de un modo o de otro, por el siglo XVIII; de modo que seguimos a la espera de «otra Ilustración» donde se mitiguen en lo posible las ‘imposiciones de movimiento’, esto es, la fuerza del exilio o la mera fuerza del trabajo, y donde pueda aparecer, dice Roche, «una movilidad sin fronteras y sin rupturas».

Mauricio Jalón

MICHEL FOUCAULT, *Le pouvoir psychiatrique. Cours au Collège de France, 1973-1974*, París, Gallimard, 2003, 400 pp.

A comienzos de 1960, Michel Foucault concluye la redacción de sus tesis para el doctorado de Estado. El texto defendido ante las autoridades académicas se publicará, un año más tarde, bajo el título inicial de *Locura y sinrazón, historia de la locura en la Edad Clásica*. Foucault tenía treinta y cuatro años y acababa de escribir el primer volumen de una obra que pronto lograría resonancia universal.

La *Historia de la locura* de Foucault no es un libro sencillo. Por sus ideas y su diseño estamos ante una trama argumental y discursiva difícil de desentrañar. En general, se acepta que en su interior se puede distinguir un doble caudal de ideas, ambas de gran densidad y en ocasiones de difícil separación. Una de ellas, puramente epistemológica, estudia la sinrazón, esto es, el contingente de prácticas, discursos, racionalidades y masas verbales —según los términos del autor— que configuran el concepto tradicional de locura. Desde de ese trasfondo histórico que le precede, la Psiquiatría primitiva, culminando un proceso iniciado en los siglos XVII y XVIII, habría reducido a un solo rostro el suelo de múltiples caras que constituía la locura. Inventando la enfermedad mental mediante un giro positivista, la Psiquiatría intensificó al máximo la discontinuidad histórica que, a

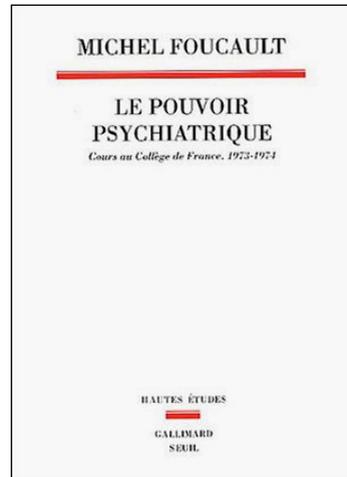
juicio de Foucault, separa la razón y la sinrazón a partir de Descartes, para acabar secuestrando al loco del seno de la locura transformándole en un enfermo sin más.

Ahora bien, junto al enfoque conceptual, el estudio de Foucault se centra también en la disección de una experiencia institucional que corre paralela a esa otra discursiva. Se trata de la fundación en París, en 1656, del Hospital General, un espacio de reclusión que va a acoger todas las formas de marginación y miseria, y donde se interna también, de forma indiferenciada, a la locura. La misma decisión que encierra a los locos lejos de los cuerdos, es la que impulsa a la razón para separarse de un modo tajante, bajo una intensidad hasta entonces desconocida, de las elaboraciones de la sinrazón. Sinrazón que, por otra parte, se nos repite con frecuencia que nada tiene que ver con la irracionalidad, esto es, con la superstición, la barbarie, los prejuicios, los dogmas, la ignorancia o la violencia. Estos dos mundos de conocimiento y de acción son los que Foucault analiza en su primer libro mostrando las sorprendentes interrelaciones que les confunden, dado que el mismo silencio que se cierne sobre el discurso de la sinrazón amordaza a la locura tras los crueles muros del Hospital. Pues bien, bajo este horizonte de trabajo hay que entender el Curso que impartió en el Colegio de Francia entre 1973 y 1974, objeto ahora de nuestra atención.

Se ha dicho, probablemente con acierto, que todos los grandes temas de Foucault se encuentran prefigurados en su *Historia de la locura*. Allí tropezamos con sus principales figuras subjetivas — locura, muerte, crimen, poder y sexo— y encontramos también los instrumentos técnicos, genealógicos y arqueológicos, que va perfilando. A su vez, la locura puede comprenderse como un invitado constante en el resto de su obra, aunque es cierto que en ninguna otra ocasión le aborda tan directamente como vuelve a hacerlo en este *Curso* que dicta doce años después.

En este nuevo texto, desarrollado a lo largo de doce lecciones, no intenta, según afirma, volver a un estudio de las mentalidades en torno a la percepción de la locura en los siglos XVII y XVIII, sino que se propone estudiar el diagnóstico de poder que envuelve el ejercicio de la psiquiatría. El asunto del poder había ocupado progresivamente la atención de Foucault hasta que tras la publicación, en 1976, de *La voluntad de saber*, el primer tomo de una particular historia de la sexualidad, confiesa sentirse obsesionado por el tema y esclavizado en la vertical de sí mismo. Percepción que le obliga a permanecer siete años en silencio hasta que logra desplazar su interés a la Antigüedad clásica, donde cree encontrar algo nuevo, algo que, de acuerdo con la ética de su método, le permita «pensar de otro modo» y zafarse en parte de su recalcitrante preocupación. Pero, en 1973, lo que aún le atrae por encima de todo es el análisis del poder, y desde ese ángulo, ya presente en la interpretación institucional de su primer libro, vuelve ahora, con motivo del *Curso*, a interpretar la Psiquiatría. Ahora bien, no por confesar un propósito estricto consigue desentenderse del todo de sus inclinaciones epistemológicas, pues pronto comprobamos que, en la décima lección, con indudable tono nietzscheano, aborda nada menos que «una pequeña historia de la verdad en general». Momento del *Curso* donde el autor alcanza alguno de los momentos más intensos de su análisis, y puede, si se admiten estas estimaciones personales, que logre alguna de las páginas más penetrantes del texto.

Coincidiendo con la presentación del 23 de enero de 1974, Foucault expone su concepción de la «verdad acontecimiento» contrapuesta a la «verdad demostración». Una verdad, la primera, que define de choque, de rayo o relámpago, de poder más que de descubriendo o método. Una verdad



de dominación y victoria de la que deriva la «verdad demostración» como una simple región que en nuestros tiempos se ha vuelto plerónica, y que si ha tomado proporciones gigantescas y una capacidad dominante, no debe hacernos olvidar que la demostración científica es sólo una modalidad de la verdad, la misma que a lo largo del siglo XIX, y a propósito de la psiquiatría, ha intentado recurrir la «verdad acontecimiento» de la locura. Desde esta perspectiva interpreta la crisis del enfermo como un momento donde la enfermedad explota en su verdad —de acontecimiento—, y debe decidir entre la vida y la muerte, entre la recuperación o el paso a la cronicidad. La disciplina psiquiátrica, a su juicio, en un ejercicio desconsiderado y abusivo del poder, se habría encargado de neutralizar el valor de la crisis, forzando a la locura a suprimir los síntomas por sumisión a la demostración, lo que paradójicamente no la conduce a la curación sino a la famosa evolución demencial que defendió la psiquiatría del XIX.

El resto del *Curso* está mucho más centrado en aspectos menos teóricos y más previsibles por su continuidad con la *Historia de la locura*. Aquel gesto liberador de Pinel, que en su momento Foucault valoró como iniciador de otra forma distinta de opresión, la del tratamiento moral, se prolonga ahora en la estimación de la Psiquiatría como una ciencia orientada, antes que a un saber, a mantener un orden disciplinar. Si se sueltan las cadenas es bajo la condición de asegurar la obediencia del loco a las órdenes y a la disciplina impuestas por el médico. Durante el tiempo de consolidación de la que llama protopsiquiatría, subraya que se da mucha importancia a la fuerza física del psiquiatra y al choque de fuerzas entre el tesón del médico y la obstinación del delirante. Al autor, en este orden de cosas, le parecen reveladoras las palabras que Foderé escribe en su *Tratado del delirio* de 1817: «Un bello físico, es decir, un físico noble y varonil, es quizá, en general, una de las primeras condiciones para tener éxito en nuestra profesión; es sobre todo indispensable junto a los locos para poder imponerse a ellos. Cabellos castaños o blanqueados por la edad, ojos vivos, una compostura fiera, miembros y pecho anunciando la fuerza y la salud, rasgos prominentes, una voz fuerte y expresiva: tales son las formas que en general causan un gran efecto sobre los individuos que se creen por encima de los demás».

La locura, durante esos primeros años que discurren entre 1800 y 1830, es entendida como una insurrección que debe ser sofocada con la fuerza del psiquiatra, como una confrontación que se traslada a un escenario donde se enfrentan las ideas delirantes del enfermo y su temor al castigo. Llegado a este punto, Foucault aprovecha para sugerir una conclusión de amplios vuelos, la idea trascendente de que sea cual fuere la forma del poder, éste, finalmente, se ejerce siempre sobre el cuerpo: «Me parece que lo que hay de esencial en todo poder es que su punto de aplicación es siempre, en última instancia, el cuerpo. Todo poder es físico, y hay entre el cuerpo y el poder político una conexión directa».

Frente a las estrategias del poder psiquiátrico no hubo reacción, según Foucault, hasta la llegada del psicoanálisis, que vino a desvelar la verdad que se oculta en el juego de mentira que constituyen los síntomas. Pero antes que él, de forma previa a la corrección psicoanalítica, reaccionaron los propios locos a través de todas las formas de simulación de la locura. Impostura que no es referida a la simulación del no loco cuando se hace pasar por tal, sino a la simulación interna de la locura. Es decir, que el modo como el loco llega a hacer del verdadero síntoma una forma de mentir y de un falso síntoma una forma verdadera de estar enfermo, se convierte inesperadamente en un problema insoluble para el siglo XIX, forjando el esfuerzo depsiquiátrico más intenso, el anti-poder más efectivo, llevado a cabo, en este caso, por una tropa de simuladores que se hacen los locos sin dejar por ello de serlo.

Si *La historia de la locura* despertó la irritación de la psiquiatría y suscitó todo tipo de descualificaciones, en la medida en que el poder psiquiátrico se sintió desenmascarado y puesta en entredicho su verdad, es de prever que la psiquiatría actual no se sentirá, en cambio, ni afectada ni irritada

ni conmovida por este *Curso* de Foucault. Los saberes críticos están tan desarmados en la actualidad, resultan tan anacrónicos ante la monolítica potestad de la ciencia y su ejercicio de poder, que la recepción positiva de estos análisis parece imposible o muy limitada. Es de suponer que habrán de pasar varios años, si no décadas, para que el penetrante análisis que se nos propone alcance los efectos deseados por el autor y por quienes se avergüenzan de la fácil obediencia a la que están sometidos los discursos psiquiátricos en la actualidad. Para entonces, este *Curso* tan fiero y radical logrará el eco que se merece.

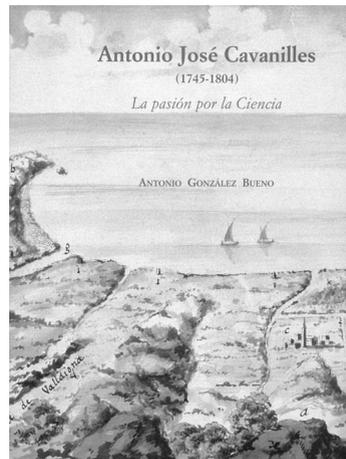
Fernando Colina

ANTONIO GONZÁLEZ BUENO, *Antonio José Cavanilles (1745-1804). La pasión por la ciencia*, Madrid, Fundación Jorge Juan, 2002, 459 pp.

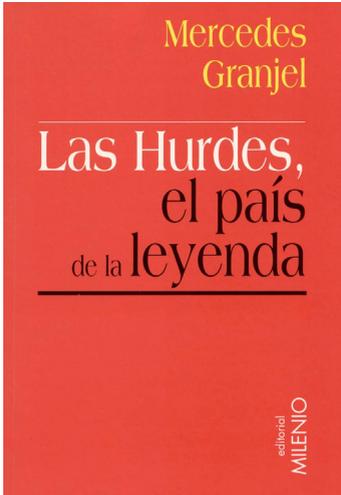
¿La ciencia, tiene algo que ver con la pasión? Quizá sí, al menos así puede parecer si recordamos las palabras de Condorcet poco antes de morir. Perseguido y atemorizado, encontraba tan solo consuelo en la visión de una ciencia que progresaba de forma rápida y constante. La pasión por la sabiduría era, por tanto, la única que el sabio estoico podía permitirse. En el título que González Bueno ha puesto en la cabecera de su libro, se nos habla de la pasión del valenciano Cavanilles por el saber y, en efecto, así transcurrió su vida. El botánico es un buen ejemplo del clérigo ilustrado, preocupado por sus relaciones, sus conocimientos, sus posesiones, su patria y sus escritos. Encauzado por la iglesia ilustrada, relacionado con poderosas casas nobles, vivió unos años de intenso aprendizaje en París. Sus relaciones con científicos europeos, con ministros avanzados, como Urquijo, sus rivalidades con sabios ignorantes, como Gómez Ortega, su interés por mejorar la vida de sus compatriotas, así como las instituciones científicas lo convierten en una de las principales figuras de la ciencia ilustrada. La revista que promovió, las reformas del Jardín Botánico, su escuela... hacen que con él la ciencia moderna penetre en nuestro país. Una ciencia que se independiza de la medicina y de la farmacia, pero que a la vez es consciente del papel motor del progreso que la Ilustración le confería.

Antonio González Bueno ha estudiado durante muchos años todos estos complejos aspectos del clérigo botánico. Lo ha hecho con extremo rigor y gran inteligencia, redactando un libro que es ameno, hermoso e instructivo. Sin duda, será por muchos años la biografía básica de Antonio José de Cavanilles. Añade un interesante capítulo sobre los «bienes terrenales» que recuerda el libro de Die y Alberola sobre la herencia de Jorge Juan. La bibliografía y cronología, los índices onomástico y general hacen que la obra sea de gran utilidad. La Fundación Jorge Juan, una vez más, ha sido capaz de elegir una obra excelente y publicarla con la dignidad y la belleza que merece.

José Luis Peset



MERCEDES GRANJEL, *Las Hurdes, el país de la leyenda. Entre el discurso ilustrado y el viaje de Alfonso XIII*, Lleida, Editorial Milenio, 2003, 179 pp.



Habíamos esperado con ilusión el libro de Mercedes Granjel, tras conocer algunas de sus aportaciones previas al tema. Un tema que es una herida en la historia de España, el estudio de un país en el que la leyenda se cebó creando el mito de una raza degenerada y, por tanto, culpable. El mito de la degeneración, que toma sus raíces en las páginas que el conde de Buffon dedicó a la degeneración de algunas especies domésticas, es un mito cristiano y romántico. Se basa en la figura del ángel caído, el diablo, que pecó contra Dios y fue castigado con la fealdad y la maldad. Aplicado a individuos y grupos considerados inferiores, tuvo un importante renacer en la obra de los estudiosos franceses y españoles de la degeneración, como han mostrado Huertas, Campos y Martínez, así como en la escuela positivista italiana, de manos de Lombroso. La llegada de estas maldiciones a las tierras hurdanas, es una herida abierta en la historia de España, herida que estudia Mercedes Granjel con la devoción y el acierto que un médico debe poner en tales empresas. Utiliza una bibliografía abundante, incluso manuscrita y de prensa,

analizando sus materiales con una pertinencia y una calidad realmente magistrales. Se nota el estilo literario tan caro en su círculo intelectual, así como el interés por construir una historia de la medicina sabia y progresista.

Empieza la autora con los primeros intentos de estudio de la Hurdes hechos por los ilustrados, autoridades, viajeros y sabios. Recrimina luego a Pascual Madoz por haber apoyado y difundido las ideas negras que sobre esta tierra se heredan. Analiza la interesante figura de Romualdo Martín Santibáñez, estudioso y propagandista de los problemas de las Hurdes, desde un punto de vista social y científico. No menos interesante es su protector Vicente Barrantes, así como las aportaciones de Lucas Mallada y Pedro González de Velasco. Analiza el Cuestionario del Ateneo de 1901 y el Congreso hurdanófilo de 1908, así como el papel de regeneracionismo, positivismo y catolicismo social en el estudio de los problemas sociales, económicos y administrativos. Las visitas de Gregorio Marañón, así como la del rey Alfonso XIII, constituyen una cima en la preocupación por estos problemas. La prensa se divide, dado los problemas políticos, económicos e intelectuales del momento. Colaboraron Marañón, Goyanes, Bardaji y Hoyos Sáinz. El seguimiento del viaje fue muy bueno, pero las consecuencias inmediatas escasas. Se conoció el hambre, el paludismo, el bocio, el enanismo, pero también brillantes imágenes a través de la cámara de Buñuel o buenas ideas como la introducción de la sal yodada en la alimentación hurdana.

José Luis Peset

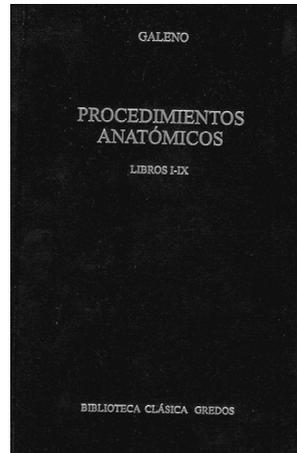
GALENO, *Procedimientos anatómicos, I-IX*, Madrid, Gredos, 2002, 446 pp.

Esta es la primera versión al castellano íntegra, de la parte griega conservada, de un libro central para la historia de la medicina, que le ocupa a Galeno desde que llega a Roma, en el año 162, hasta su muerte. El resto —hasta los quince libros de que constaba el original— se conoce parcialmente por la versión que en el siglo IX hizo Hubaish, un discípulo de Ibn Isaq. El prólogo de Mercedes López Salvá, consumada traductora, resume a la perfección el contenido del libro y el estado de las versiones del texto galénico, incluyendo una síntesis de lo que falta del IX y su contenido hasta el libro XV. El índice analítico —entre el interesante aparato textual— es un excelente apéndice, que hace del tratado un utensilio vigente.

El libro, especialmente técnico pero de gran riqueza por sus noticias particulares y por sus constantes añadidos más discursivos, nos permite comprobar su visión —como hijo de arquitecto— de que la forma del cuerpo se asemeja a la de los huesos. Así pues destaca la parte dura del cuerpo en primer lugar, cuya sustancia sería como los muros de las casas y las estructuras de una tienda de campaña, según dice. Y entre los grandes hallazgos galénicos cabe recordar sus precisiones de los huesos en general, con o sin cavidad medular (caja craneana, apófisis, epífisis, diáfisis), pero asimismo de los músculos (así los del tórax, destacadamente) y tendones (así el de Aquiles), y de ciertos los nervios (cervicales, raquídeos, craneanos, recurrentes), así como del sistema nervioso en general (ganglios, sistema simpático).

Por otra parte, él mismo da noticias —una y otra vez en este libro— de sus antecesoros, además de exaltar su propia formación y sus hallazgos y de exponer con claridad aspectos centrales de la formación del anatomista, aspecto que como avanzábamos le había ocupado la mitad de su vida. El médico que deseara instruirse debería ir a Alejandría, dice aquí Galeno, dadas las enseñanzas sistemáticas de ese museo, mediante cuerpos diseccionados. Y si no, ha de recurrir al empleo de animales como el mono: «el simio es de todos los animales el más parecido al hombre en sus vísceras, en los músculos, en las arterias y en los nervios» (I, 219). Pero asimismo Galeno apela a varias veces al elefante, por ejemplo, aunque incluso abriendo su gran cuerpo —teatro anatómico en vivo— puedan escaparse detalles (VII, 619). Y también a muchos otros más, como vemos de un solo golpe en el índice de animales usados en sus disecciones (aves, mamíferos como el ratón, caballo, buey, cabra, cerdo o camello, cocodrilos y serpientes). De hecho, como es bien sabido, pocas veces utilizó hombres, pero aquí describe bien las circunstancias en que pudo hacerlo: una tumba reciente que se abrió por una corriente de agua, dejando ver bien el esqueleto; otro de un saltador de caminos, muerto y dejado sin enterrar; una peste de carbunco, que dejó privada de piel varias partes del cuerpo en los apestados; ciertos enfermos cuyas heridas abiertas permitían ver músculos, arterias o nervios (I, 221, 224, 225).

Es imposible reparar cada uno de los aspectos que toca este creador del arte por antonomasia (por ejemplo, pulmón, riñones, hígado y, sobre todo, corazón). Pero subrayemos, una vez más, que gracias al insólito empeño madrileño de Gredos —que ha abierto definitivamente nuestras posibilidades de acceso a los antiguos clásicos— podemos acercarnos en castellano, más que fiablemente, a una de las fuentes más importantes para nuestra formación, científica o cultural. La contribución a este proceso recuperador básico, en el caso galénico, parte sólo de 1997, pero ya hay cuatro volú-

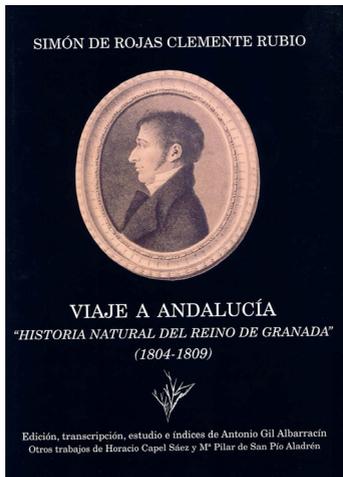


menes, que esta editorial ha cuidado con gran fortuna, al sumarse el libro que comentamos a *Sobre la localización de las enfermedades*, los reveladores *Tratados filosóficos y autobiográficos* y recientemente *Las facultades del alma*.

Estas obras, por otra parte, son muestra a la vez de la excelente helenización de la cultura romana en el siglo II, a la que Galeno contribuyó con gran efectividad, y del desarrollo del campo médico que fue en verdad decisivo en esa centuria esencialmente civilizadora, como seguimos percibiendo en toda la nomenclatura médica del presente.

Mauricio Jalón

SIMÓN DE ROJAS CLEMENTE, *Viaje a Andalucía. «Historia natural del Reino de Granada» (1804-1809)* (edición, transcripción, estudio e índices de Antonio Gil Albarracín), Almería-Barcelona, G.B.G. Editorial, 2002, 1.247 pp.



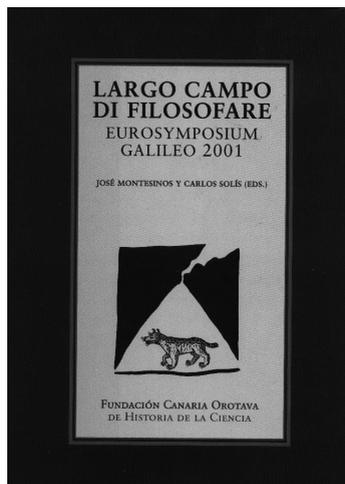
Sin duda, es una gran noticia la aparición de la edición del viaje de Simón de Rojas Clemente. Como el editor nos dice, es un manuscrito del Jardín Botánico, en donde recibe una gran ayuda, en especial de Pilar de San Pío, quien se ocupa de la catalogación de los materiales gráficos. La edición es hermosa y cuidada, con índices de gran interés. Es muy importante que se vaya conociendo la gran aportación a la ciencia ilustrada que queda en manuscritos de muchas instituciones.

Nacido en 1777 en Titaguas, partido de Chelva, inicia una carrera eclesiástica, aficionado a la música y a las lenguas; pasa por instituciones ilustradas como el Seminario de Nobles y el Jardín Botánico; emprende viaje a Francia e Inglaterra, para ir luego al norte de África; más tarde recorrerá el reino de Granada

(Almería, Granada y Málaga) por encargo de Manuel Godoy y Pedro Cevallos. Estudia mucha historia natural, estando tal como Horacio Capel señala en la órbita de Cavanilles y de Francisco Antonio Zea. No sólo se preocupa de los vegetales, también de los minerales, criticando a Bowles con frecuencia. Estudia la geografía física, las alturas de valles y montañas, a pesar de la dificultad de los instrumentos. «Logré echar en Andalucía los cimientos de la Botánica geográfica, que aún no tiene otro país de Europa, mientras el célebre Barón de Humboldt, con más medios y conocimientos que yo abarcaba en grande la del Nuevo Mundo. La empresa del Príncipe de los viajeros aventajaba tanto a la mía en estos respectos cuanto le es inferior en el número de pormenores, que sólo requieren de parte del observador infinita paciencia y aquel grado de celo, pues se confunde con el entusiasmo» (p. 58). Es un viaje por encargo real, en el que también preocupan aspectos sociales, como cuando habla de un pueblo con una iglesia pobre pero un rico curato. Se dio a conocer alguno de sus trabajos en el *Semanario de Agricultura*, ahora aparece por fin este monumento de la historia de la ciencia y de Andalucía.

José Luis Peset

J. MONTESINOS; C. SOLÍS (eds.), *Largo campo di filosofare. Eurosymposium Galileo 2001*, La Orotava, Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia, 2001, 985 pp.



La obra de Galileo, filósofo, matemático, astrónomo, ingeniero..., protagonista de una revolución de la que seguimos tenazmente investigando todos y cada uno de sus detalles, independientemente de nuestra opinión respecto de su existencia y carácter: la Revolución Científica del siglo XVII, es el objeto de este elegante volumen, que recoge todas las contribuciones (54) al simposio que tuvo lugar en el Puerto de la Cruz entre los días 19 y 23 de febrero de 2001. Los distintos ensayos, que se publican conservando su lengua original, inglés, francés, italiano y castellano, abordan todas las facetas mencionadas de la carrera de Galileo y aún algunas otras, en lo que constituye casi una enciclopedia galileana y es, desde luego, una fiel instantánea del estado de la cuestión en los estudios galileanos. Hay que subrayar de entrada que desde el congreso internacional celebrado en Italia en 1983, cuyas actas se publicaron con el título *Novità celesti e crisi del sapere* (1984), no se había llevado a cabo una reunión internacional de especialistas de este nivel. Es de justicia, por

tanto, felicitar por su iniciativa a la Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia y, asimismo, felicitarnos por el hecho de que el simposio se haya celebrado en nuestro país.

El libro está dividido en tres partes: «La ciencia de Galileo», «Galileo y la Iglesia» y «El siglo de Galileo». Las contribuciones a la primera parte abarcan la obra de Galileo en matemáticas, astronomía y cosmología, mecánica y la ciencia del movimiento. Nos encontramos con el Galileo astrónomo-filósofo copernicano que analizan Clavelin y Shea, pero también con sus ideas cosmológicas, lo suficientemente dispersas y poco definidas como para que se pueda hablar de una cosmología «oculta», como señala Solís en su interesante reconstrucción que, si bien se presenta como conjetural, habida cuenta de lo fragmentario de la evidencia, sin duda abre nuevos caminos para estudios futuros de la cuestión. En lo que respecta a la ciencia del movimiento, Sellés proporciona un análisis iluminador de las limitaciones de la teoría de indivisibles que utiliza Galileo, subrayando sus diferencias con el método de los indivisibles de Cavalieri y con una especie de concepción protoinfinitesimal, y sus consecuentes dificultades para fundamentar la ciencia del movimiento en su presentación final en los *Discorsi* (1638). Asimismo, destaca en esta parte la atención concedida a *Le Mechaniche*, el tratado perteneciente al periodo que Galileo pasó como profesor en la Universidad de Padua (1592-1610), una obra que nunca publicó, pero que circuló abundantemente en manuscrito, y en la que Galileo aborda el análisis de las máquinas simples. Gatto proporciona un minucioso análisis de los manuscritos (ninguno de ellos autógrafa) de la obra que nos han llegado, mientras que Helbing y Laird exploran la conexión del análisis de Galileo con las *Cuestiones mecánicas*, una obra de la escuela peripatética que la época de Galileo considera escrita por el mismo Aristóteles.

En su contribución, Büttner, Damerow y Renn proponen abordar la obra de Galileo desde la categoría historiográfica del «conocimiento compartido», una noción que abarca las distintas tradiciones que reciben, y se apropian, Galileo y sus contemporáneos. Se rechaza con ello un modelo de

desarrollo del conocimiento científico que tiene como momentos fundamentales los descubrimientos del individuo aislado, la publicación y la influencia sobre otros. Una consecuencia es que este enfoque privilegia el análisis de manuscritos, notas, borradores, etc., porque es allí fundamentalmente donde se pueden encontrar los vestigios del conocimiento compartido que está operando en la reflexión del individuo y sus contemporáneos. En el caso de Galileo, el «conocimiento compartido» incluiría, entre otros componentes, las distintas tradiciones mecánicas, las elaboraciones medievales de la teoría del movimiento aristotélica, o problemas concretos generados por prácticas como la balística. La potencialidad de este enfoque empieza a mostrarse en el análisis de algunos manuscritos de Thomas Harriot (1560-1621) que lleva a cabo Schemmel en su ensayo. Basándose en estos documentos, Schemmel sostiene que Harriot, independientemente de Galileo, conocía la forma parabólica de la trayectoria de los proyectiles y la ley de caída de los cuerpos. Más aún, el análisis de los manuscritos lleva a Schemmel a señalar que Harriot, en su análisis de la trayectoria de los proyectiles en el caso de proyección oblicua, se ha encontrado con los mismos obstáculos que Galileo y ha intentado determinar la trayectoria en este caso utilizando el mismo modelo que Galileo, esto es considerando el movimiento a lo largo de la línea de disparo como un movimiento decelerado por un plano inclinado.

En 1616 la Iglesia condenó el copernicanismo, pero la subida al trono papal del cardenal Maffeo Barberini con el nombre de Urbano VIII en 1623 parece anunciar un cambio de clima en Roma que Galileo interpreta como una «maravillosa coyuntura» que quizá permita volver sobre la cuestión copernicana. Esperanzado, se concentra en la redacción del *Diálogo sobre los dos máximos sistemas* (1632), cuya publicación acarreará su condena en 1633. La segunda parte del libro, «Galileo y la Iglesia», está dedicada a las diversas ramificaciones de este episodio, uno de los grandes temas de la historiografía galileana. Las distintas contribuciones discuten el proceso de Galileo, sus principios hermeneuticos bíblicos y su reciente supuesta rehabilitación por la Iglesia católica, pero también apuntan cuestiones menos estudiadas, proporcionando análisis que servirán de referencia a estudios posteriores. Una de estas es la cuestión de la difusión en Europa de la condena de Galileo. Lerner proporciona un estudio preliminar referido al caso francés y muestra que la publicidad de la condena no se ha hecho en Francia siguiendo canales eclesiásticos sino, probablemente, a iniciativa del poder político.

Destaca en esta parte el ensayo de Beltrán, que avanza una hipótesis nueva para explicar por qué habiendo propuesto Maculano, Comisario del Santo Oficio, a Galileo un trato extrajudicial que le ofrecía una pena leve, o incluso la absolución, a cambio de su confesión, el proceso termina con la abjuración y el arresto. No se trató de una iniciativa benévola de Maculano que, posteriormente, y debido a las presiones sobre Urbano VIII de la facción más rigorista de la Iglesia, dejó de ser viable, sino de un engaño planeado por el Papa, su sobrino el cardenal Francesco Barberini y Maculano, para conseguir la confesión de Galileo y así poder presentar luego la dura condena, ya decidida de antemano, como el resultado inexorable de la mecánica procesal. La hipótesis recibe un apoyo significativo del examen del manual para inquisidores más usado en el momento. El manual deja claro que el engaño forma parte del arsenal de argucias que el inquisidor puede utilizar legítimamente para conseguir la confesión del procesado.

Por su parte, Beretta explica la intervención de Urbano VIII en la condena de Galileo como el producto de dos lógicas: en tanto que inquisidor supremo, el Papa considera que la defensa de la verdad del copernicanismo que Galileo hace en el *Diálogo* no respeta el decreto anticopernicano de 1616; en tanto que mecenas, se siente injuriado por el uso que Galileo hace de su argumento favorito, el que se apoya en la omnipotencia divina para mostrar la imposibilidad de demostrar la verdad del copernicanismo, para precisamente mostrar la legitimidad de la hipótesis copernicana, y no duda en aplicar un castigo ejemplar a su antaño cortesano favorito. Como apéndice a su artículo se reproduce

un documento recientemente descubierto, una carta de Maculano al cardenal Francesco Barberini fechada el 22 de abril de 1633, donde el primero informa de sus conversaciones con Galileo.

Las contribuciones que aparecen en la tercera parte del libro, «El siglo de Galileo», proporcionan claves para la reconstrucción del contexto sociocultural en que se desarrolla la obra de Galileo y las reacciones que provoca en la Europa culta. Bucciantini proporciona un análisis preliminar de una cuestión poco explorada: el debate sobre la interpretación teológica de los descubrimientos telescópicos de Galileo, en particular las manchas solares, que se desarrolla entre los años 1610 y 1615, o sea en el periodo de libertad que se cerrará con el decreto anticopernicano de 1616. Torrini subraya la singularidad del doble papel de Galileo como promotor y protagonista de la renovación del saber, y discute las repercusiones de su condena en esa república de los sabios que se había ido constituyendo. Es el Galileo que se ha convertido en un símbolo cultural de tal calibre que su muerte, escribe Holste a Doni en enero de 1642, nueve días después de la muerte de Galileo, supone una pérdida «para el mundo entero y todo nuestro siglo».

La lectura de las contribuciones que recoge el volumen, de cuya riqueza es imposible hacer justicia en una breve reseña, deja al lector con la impresión de que la historiografía galileana no ha podido resolver aún una tensión presente de antiguo. La que existe entre el Galileo filósofo natural que pone en cuestión y supera elementos fundamentales de la filosofía natural aristotélica entonces dominante y el Galileo científico-ingeniero, en el que tanto énfasis se pone en las contribuciones de los estudiosos vinculados al Max Planck Institute, que trabaja dentro de contextos teórico-prácticos concretos que determinan la gama de problemas planteables y los recursos accesibles para abordarlos, es decir, el Galileo que se sitúa dentro de lo que se ha llamado la «mecánica preclásica». En un fragmento relacionado con su *Discurso acerca de los cuerpos flotantes* (1612), Galileo, refiriéndose a la actitud de los filósofos aristotélicos, que rechazaban la pertinencia de las matemáticas para el estudio de la naturaleza, escribía que pareciera que «la geometría de nuestro tiempo fuera un obstáculo para la adquisición de la filosofía verdadera; como si fuera imposible ser un geómetra y también un filósofo». Creo que sigue siendo legítimo preguntarse si Galileo, por su parte, consideraba a la filosofía como un obstáculo para el conocimiento de la naturaleza.

José Romo

EMILIO BALAGUER PERIGÜELL, *Balmis o l'esperit de la Il·lustració en la medicina espanyola*, Valencia, Generalitat Valenciana, Consell Valencià de Cultura, 1996, 73 pp.

SUSANA MARÍA RAMÍREZ MARTÍN, *La mayor hazaña médica de la colonia. La Real Expedición Filantrópica de la Vacuna en la Real Audiencia de Quito*, Quito, Abya-Yala, 1999, 664 pp.

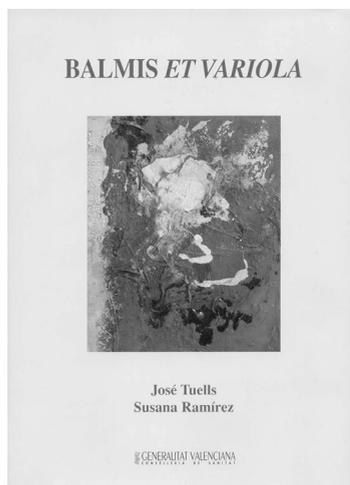
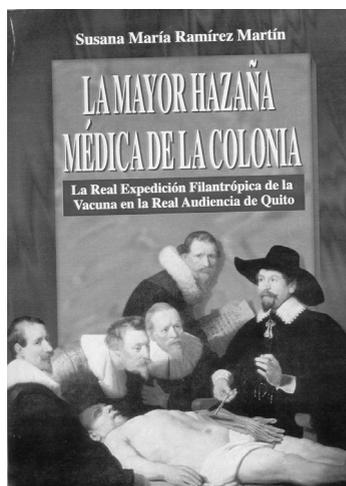
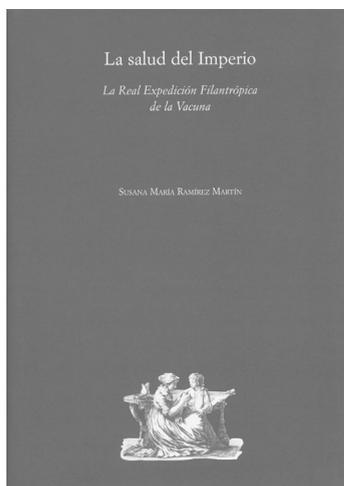
SUSANA MARÍA RAMÍREZ MARTÍN, *La salud del Imperio. La Real Expedición Filantrópica de la Vacuna*, Madrid, Fundación Jorge Juan, 2002, 262 pp.

EMILIO BALAGUER PERIGÜELL, ROSA BALLESTER AÑÓN, *En el nombre de los niños. La Real Expedición Filantrópica de la Vacuna (1803-1806)*, Asociación Española de Pediatría, Monografías nº. 2, s.l., s.a., 2003, 197 pp.

JOSÉ TUELLS, SUSANA RAMÍREZ, *Balmis et variola. Sobre la Derrota de la Viruela, la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna y el esfuerzo de los Inoculadores que*

## LIBROS

*alcanzaron el final del azote, con observaciones particulares al periplo vital Balmisiano*, Valencia, Generalitat Valenciana, Conselleria de Sanitat, 2003, 278 pp.



Recuerdo que Rico Avello se quejaba de que estaba olvidada la expedición de la vacuna. Para algo sirven los centenarios, en estas fechas tenemos importantes nuevos estudios, que actualizan y renuevan nuestros puntos de vista. Señalemos los libros que firman Emilio Balaguer y Rosa Ballester, quienes continúan con brillantez sus temas tradicionales de estudio. El interés del primero por la medicina del país valenciano le llevó a escribir su interesante libro *Balmis o l'esperit de la Il.lustració en la medicina espanyola*. Rosa Ballester continúa sus interesantes estudios sobre la

infancia y la medicina pediátrica en el mundo moderno y contemporáneo. Se han unido ahora en un nuevo libro titulado *En el nombre de los niños*. Su muy interesante enfoque se dirige a los que fueron de alguna manera los principales protagonistas de la hazaña, los niños que portaron las linfas curadoras de la terrible epidemia. Se analiza así la consideración de la infancia en la España del Antiguo Régimen, para centrarse luego en esos huérfanos que vivieron una de las más grandes aventuras infantiles de la historia, que merece ser llevada a la pantalla. Se inserta, desde luego, en la historia de la enfermedad y en la descripción de los protagonistas de la expedición y de sus recorridos. Las imágenes y los mapas de gran calidad, permiten un recorrido casi turístico por esos difíciles territorios. La gran hazaña de Susana Ramírez ha sido estudiar de forma minuciosa la expedición, apoyada en sus propias fuerzas. Ha visto archivos españoles y americanos y ha sabido trazar con gran calidad las líneas maestras de la expedición, en especial en la división de Salvany hacia el sur. Su preocupación por las criaturas que llevaron en la expedición, o por la herencia a través de los bancos de las medidas preventivas, aportan gran calidad a su trabajo. Su estudio de la llegada de la vacuna a la real audiencia de Quito es muy notable. También José Tuells y Susana Ramírez dedican un atractivo libro, de carácter literario, a algunos de los aspectos más interesantes de la expedición. La historia de la enfermedad, Balmis, sus compañeros y sus hazañas, las juntas de vacunación, los niños que llevaron la linfa... son algunos de ellos.

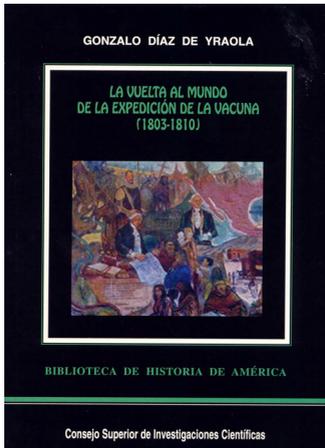
En fin, algo se ha saldado la deuda que según Gregorio Marañón y Carlos Rico Avello teníamos con los héroes protagonistas de estas gestas científicas. No puedo dejar de mencionar las páginas que Ricardo Campos ha insertado en el primer fascículo de este año de *Asclepio* (56 (1), 2004, 3-168) reuniendo un interesante dossier titulado «La vacunación antivariólica en España durante el siglo XIX», sobre la historia de la vacunación en la España decimonónica. Se combina allí el estudio de aspectos científicos y legales, con otros más cercanos a la realidad, como instituciones, prácticas, resistencias y consecuencias, así la desfiguración que hacía penosa la supervivencia. Son caminos nuevos, que suponen el interés por el método más eficaz jamás encontrado de prevenir la enfermedad epidémica.

José Luis Peset

GONZALO DÍAZ DE YRAOLA, *La vuelta al mundo de la Expedición de la Vacuna (1803-1810)*, prólogo de Gregorio Marañón, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC, 1948, edición facsimilar en Biblioteca de Historia de América, Instituto de Historia, CSIC, Madrid, 2003, 266 + 132 pp., versión inglesa traducida y editada por Catherine Mark.

Al acabar la década de los cuarenta, aparecía el magnífico libro de Gonzalo Díaz de Yraola sobre la expedición de la vacuna. Llama la atención, en años difíciles para la historia de España, la aparición de un libro, escrito con cariño, erudición e inteligencia. Proviene del *Anuario de Estudios Americanos*, siendo premiado por la Real Academia de Sevilla y publicado como libro por la Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Hoy se edita de nuevo como facsimilar por el Instituto de Historia, en su colección Biblioteca de Historia de América. Se ha traducido y editado con la misma dedicación y afecto por Catherine Mark. Hay que resaltar la calidad de la traducción, así como los apéndices, bibliografía, notas introductorias, e índices de autores, lugares y términos castellanos.

## LIBROS



El libro sobre la expedición de la vacuna, casi único por décadas, procede del esplendor de la etapa de entreguerras, con una medicina y una historiografía magníficas. Sin duda, entre las dos guerras nace la hematología y la inmunología, así como la aplicación de las nuevas ideas biológicas a la historia de la enfermedad, en especial la epidémica a la que la microbiología venía cercando. La publicación a mediados de los treinta del libro de Hans Zinsser titulado *Rats, Lice and History* es un hito en esta historia. Díaz de Yraola trabajaba en el Instituto de Hematología y Hemoterapia de Sevilla, habiendo estado en relación con Pittaluga y Elósegui, así como con Marañón. Se sumergió en el Archivo de Indias, exhumando viejos papeles, a los que quedó fiel con erudición y afecto. La traducción de algunos, sin duda habrá supuesto difíciles quebraderos de cabeza.

El libro muestra el papel filantrópico de Godoy y de la corona, así como la calidad de la marina ilustrada y sus expediciones. El cuidado de la salud pública en el siglo ilustrado se combina

con la importancia dada a la observación y a la experiencia, tal como predicaron Feijoo y Sarmiento. No menos con el despertar de una América, que se acerca a la mayoría de edad de su independencia. Gregorio Marañón, quien tantas páginas dedicó a aquel sabio monje, fue un admirador del siglo XVIII, en que la vida pública se hizo universal, sin dejar de ser española. Fue época de polémicas, pero también de esforzados trabajos médicos y científicos. Siglo en el que se formaron Balmis y Salvany, que a su manera contribuyeron de forma importante a la ciencia universal, contribución que siempre según Marañón había quedado como un «mal pagado amor a la humanidad».

José Luis Peset

J. GRIBBIN, *Historia de la Ciencia, 1543-2001*, Barcelona, Crítica, 2003, 552 pp.

La idea de que la historia de la ciencia, instrumento formativo de gran valor, puede verse como un conjunto orgánico de conocimientos tomó cuerpo en el siglo XX; por ello circulan, trabajos de conjunto accesibles además de agudos. Es evidente que muchas obras clave no se han vertido al castellano y que, para acceder a aspectos particulares de esta información específica, hay que apelar casi siempre a textos en otras lenguas. Además, pocas historias generales de la ciencia están vivas hoy (ni la dirigida por R. Taton, ni la coordinada por F. Cid), y sólo se hallan disponibles los cuadernos temáticos de la *Historia de la ciencia y de la técnica*, de Akal, así como el sencillo y envejecido relato de S. F. Mason, reimpresso en 2001.

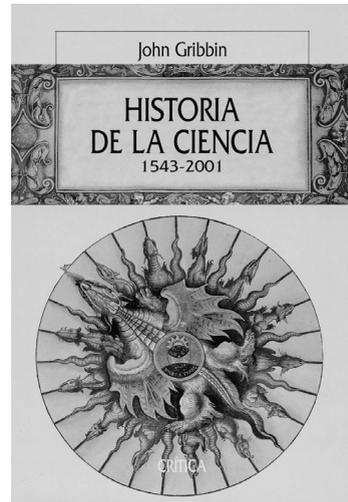
En este sentido, sea bienvenida la *Historia de la ciencia* de Gribbin, bien editada, como suele, por la editorial catalana, y apoyada se supone por Universidad de Sussex, de la que depende el autor. Es verdad que sorprende el añadido *1543-2001*, pero no es más que una muestra somera de intenciones, para un libro aparecido en 2002. Pues el libro, y no lo oculta, tiene un carácter divulgativo, aunque suficientemente extenso en sus diversos apartados como para que el lector medio pueda quedar satisfecho por sus visiones sucesivas de problemas (más que de procesos).

Arranca el autor con Copérnico y Vesalio, como nos lo indica la primera de las fechas, 1543, en el primer gran bloque temático que incluye además a Galileo. El segundo —«Los padres fundadores»—, habla del lenguaje científico cartesiano, con reservas, y lo acompaña con Huygens, Boyle, Malpighi y Borelli; sigue con el newtonianismo, muy generosamente; y lo cierra con las indagaciones naturales que se proyectan en la centuria siguiente. No obstante, el tercer bloque se llama «La Ilustración», por considerar que su culminación a finales del siglo XVIII es lo que sería en realidad relevante: de ahí acaso que sólo emplee sesenta páginas para hablar de la química y resumir la electricidad, el calor y aspectos de la mecánica tardía (aunque se echan en falta otros avances paralelos).

Con ello ya hemos sobrepasado la mitad del libro. El siglo de los científicos (IV. «La visión a gran escala») se abre con Darwin y Wallace, sigue con los átomos y las moléculas, desde Dalton hasta Boltzmann y Einstein, dedica un largo apartado a la luz (hasta Minkowski) y un último a la geología, derivas continentales y glaciaciones, con lo que se adentra ya en el siglo XX. Las cien páginas finales —«Tiempos modernos»— tienen la pretensión de hacer un balance de lo ocurrido hasta 2001, eligiendo sólo tres frentes: el espacio interior (del tubo de vacío a las últimas partículas), el ámbito de la vida (que comienza con las células y las leyes de Mendel, para acabar con Crick) y el espacio exterior (esto es, las mediciones del universo).

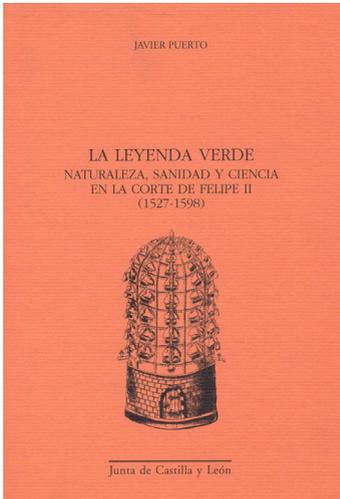
Todo ello pone en evidencia el territorio de un trabajo sin duda más que aceptable por muchos lectores. Hay otros límites suyos, no expresos: de antemano el protagonismo anglosajón, tan abrumador, del libro (Leibniz está citado como anécdota, Condorcet, Spallanzani, Proust no aparecen, tampoco por ejemplo Mach ni Cajal); además, sobresale la ausencia de la matemática contemporánea (Gauss o Riemann no llegan a una línea juntos; Peano, Dedekind, Borel o Gödel no existen), que se une al paralelo abandono de la medicina (ni siquiera están Bichat, Bernard o Pasteur); por añadidura, las publicaciones específicas —centradas con exclusividad en su lengua y cultura, como ya es habitual—, tampoco recogen aspectos de la historia social o al menos institucional que podrían haberse rozado sin excesivo esfuerzo. Dado el carácter general que puede alcanzar su información, el libro tendrá en cambio un valor añadido: el acicate de profundizar en su mismo terreno y, sobre todo, en otros terrenos, adjuntos o complementarios, a partir de un texto como el de Gribbin, eso sí claro y muy didáctico.

Mauricio Jalón



JAVIER PUERTO, *La leyenda verde. Naturaleza, sanidad y ciencia en la corte de Felipe II (1527-1598)*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2003, 442 pp.

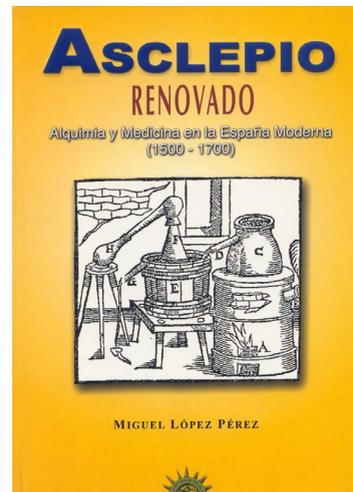
MIGUEL LÓPEZ PÉREZ, *Asclepio renovado. Alquimia y Medicina en la España Moderna (1500-1700)*, Madrid, Ediciones Corona Borealis, 2003, 351 pp.



El grupo de investigación de la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense de Madrid siempre nos sorprende con la abundancia y la calidad de sus publicaciones. Aparece ahora, editado con mimo por la Junta de Castilla y León, el libro de Francisco Javier Puerto sobre la ciencia en la corte de Felipe II. Tan buen escritor como siempre, el autor de *El hijo del centauro*, nos muestra la sabiduría científica de la época desde la cultura renacentista y desde los caracteres del rey Prudente. Enfermo crónico, preocupado por el poder y los recursos naturales apoyó una ciencia que era útil para la corona y la iglesia. Una ciencia que se movía en el difícil campo de las creencias religiosas, entre la alquimia y la historia natural, la medicina y la farmacia, por no hablar de la tecnología necesaria para sus ciudades y caminos, puertos y fortalezas. Surgen primitivos laboratorios, ricas explotaciones mineras, hermosos jardines, cuidados mapas, complejas instituciones científicas, como las cátedras de la Academia de Matemáticas, o los médicos de cámara y el Protomedicato. Surge así una ciencia cortesana, en la que la personalidad del monarca cuenta de forma esencial. A la leyenda negra y a la blanca, en que se denigra o alaba al Prudente, se añaden la rosa y la verde,

intentando conocer de forma verídica la aportación del rey Felipe al apoyo de la ciencia. Javier Puerto ha estudiado estos temas de forma erudita, inteligente y elegante. Ha escrito un libro ameno, hermoso, así como básico para entender la ciencia europea del Renacimiento.

Miguel López Pérez analiza de forma cuidada y atractiva el papel de los medicamentos químicos en la medicina moderna. Los medicamentos en general procedían de la farmacia botánica, son productos que la naturaleza ha puesto a nuestro alcance para protegernos de las mismas enfermedades que nos envía. Pero a partir de la obra de Paracelso empieza el interés por los medicamentos de origen químico, así como por la manipulación química de los productos naturales. Desde luego, el trabajo de estos artesanos tenía un gran interés, pues era útil para la farmacia y la minería, entre otros sectores. Comienza su estudio con los médicos humanistas y galenistas, con los alquimistas de la corte y de las órdenes religiosas, como franciscanos y dominicos, también con el papel de la Inquisición, pasa luego por algunas figuras señeras y termina con las luchas en el cambio de dinastía por imponer la química en los remedios. Al fin, tras la aceptación por la corte, el galenismo aceptó la tradición de Paracelso, y la destilación cobró importancia. Hay que señalar las excelentes páginas dedicadas a Alejandro Quintilio, quien consiguió en el paso de Felipe II a Felipe III que su «quinta esencia de oro potable» fuese oficialmente reconocida. O las que se ocupan de la biblioteca y las prácticas químicas del aragonés Juan Vicencio de Lastanosa.



José Luis Peset

Galileo Galilei, *Le mecaniche* (edizione critica e saggio introduttivo di Romano Gatto), Florencia, Leo S. Olschki Editore, 2002, CCXVI + 170 pp.

La edición crítica de R. Gatto está destinada, fundamentalmente, a los especialistas en Galileo. Éstos no precisan de mis comentarios. Sólo cabe señalar que Gatto ha recogido todas las variantes de los distintos manuscritos que se conocen de esta obra de Galileo. Su libro se convierte así, a este respecto, por encima de la tradicional recopilación de A. Favaro, en una obra de referencia fundamental.

Al lector que, ocupado por otras cuestiones, tiene un conocimiento menos directo de Galileo, hay que decirle algo más. No será preciso, sin embargo, presentarle a Galileo, ni exponer tampoco su papel en la construcción de la nueva mecánica, dentro de la cual *Le mecaniche* ocupa un lugar destacado. Se trata de un manuscrito que contiene un estudio sobre las máquinas —balanza, palanca, polea, plano inclinado, tornillo, percusión— en el que se sientan algunos elementos fundamentales —por ejemplo, su conocida definición de «momento»— que integrarán luego la obra más madura y ambiciosa —resistencia de materiales, movimiento de proyectiles— de los conocidos *Discorsi*.

Cuando Favaro, el editor de las *Opere* de Galileo, publicó sus trabajos en una veintena de volúmenes entre 1890 y 1909, recogió el texto de *Le mecaniche* en el vol. II, que apareció en 1891. No era la primera vez que se daba a la imprenta. En 1634 fue publicada una traducción al francés, con adiciones, por el P. Mersenne. La edición en el idioma original, por Luca Danesi, vio la luz en 1649, reimprimiéndose en 1670. La tercera publicación del siglo XVII fue la de Carlo Manolessi en 1655, dentro de una edición en dos volúmenes de obras de Galileo. De esta última se tomaron las dos ediciones que tuvo *Le mecaniche* en el siglo XVIII y las tres que —exceptuando la de Favaro— aparecieron en el siglo XIX.

Se da la circunstancia de que no se conserva el manuscrito original de *Le mecaniche*. Las tres ediciones del siglo XVII recogieron el contenido de manuscritos de distinta procedencia. Hoy se conocen catorce de ellos, todos de diversa mano —como se dijo, ninguno de la de Galileo— con algunas variantes entre sí. Favaro escogió un manuscrito que, aunque mutilado, parecía el más fidedigno, completándolo a partir de los otros, aunque sólo anotó algunas de las variantes. La edición crítica de R. Gatto recoge el mismo manuscrito como texto de referencia, pero lo completa diversamente, habida cuenta del contenido de los cuatro manuscritos desconocidos en tiempos de Favaro, y recoge puntualmente todas las variantes de los catorce manuscritos. Esto no es en absoluto ocioso en el caso de una obra en la bien pudiese suceder que el cambio de un término condujese, si no ya a una nueva interpretación, cuanto menos a un nuevo y clarificador matiz.

Hay más. Siete años después de que Favaro editase *Le mecaniche*, en 1898, se descubrió otro manuscrito que contenía lo que parecía una versión abreviada. De éste se conocen hoy cuatro ejemplares, ninguno —como en el caso del anterior— de mano de Galileo. R. Gatto ha llevado a cabo con estos manuscritos de la que llama la «versión corta» el mismo trabajo que con los de la «larga».



## LIBROS

Si R. Gatto se hubiese limitado a esto, el interés de su edición quedaría restringido a un pequeño —quizás no tan pequeño, a fin de cuentas— grupo de especialistas. Los manuscritos no son particularmente extensos. La versión breve ocupa 17 páginas, y la larga 33, mientras que el aparato crítico de ambas cubre 168 páginas. Pero, con buen acierto, Gatto ha redactado una larga introducción, titulada «Tra la scienza dei pesi e la statica» (puestos a contar, de 136 páginas). En ella aborda los precedentes del contenido del manuscrito, trazando una breve historia de la mecánica hasta el momento de su redacción; entra en las cuestiones relativas a la datación y a la dependencia entre sí de ambas versiones; y presenta y discute sus contenidos. En este aspecto, su trabajo —Gatto es un especialista en la materia— es documentado y ortodoxo. Por lo demás, la edición del libro se ha llevado a cabo con el buen hacer al que Olschki nos tiene acostumbrados.

Manuel Sellés